



LUIS FERNANDO CUETO

EL RÍO

Cuentos de cuarentena

EL RÍO

El hombre de cabellos lacios y negros, finos bigotes de mosca y chaleco marrón con botones dorados salía de su habitación a media tarde, mascando chicle y fumando un cigarrillo rubio, muy orondo, paciente, y daba inicio a sus actividades a la hora en que los demás habitantes del pueblo dormitaban la siesta en la caldeada tranquilidad de sus casas. Almorzaba en la chingana de doña Erótida, y después estiraba las piernas por la carretera, llegaba a la orilla del río y, a la sombra de un alto y frondoso árbol de aguaje, se sentaba a contemplar detenidamente el paso de las turbias aguas.

Hacía un mes que había llegado a Campanilla y había alquilado un cuarto en la casa de don Ñuco, a un par de cuadras de la plaza. Y desde entonces seguía la misma rutina sencilla e intrascendente: se pasaba todas las mañanas metido en su cuarto, sin dar señales de vida, y, a eso de las dos de la tarde, recién salía a tomar sus alimentos. Luego contemplaba el río Huallaga hasta que caía el ocaso. A veces, si algo despertaba su curiosidad, hacía anotaciones en una libretita que llevaba en el bolsillo de su chaleco. Eso era todo su quehacer. Ya nadie le prestaba atención.

Pero sucedió que un día, casi oscureciendo, de casualidad, un niño encontró la libreta a mitad de la calle. Y en cuestión de minutos, todo el pueblo se enteró a qué se dedicaba en realidad el forastero. Contaba cadáveres. Uno a uno, los veía pasar flotando y los

anotaba con un lapicero de tinta roja. Ya tenía diez. También apuntaba los detalles. Si vestían trusa y polo o llevaban jean y camisa, si aún conservaban los ojos o ya se los habían comido los peces, si iban de espaldas o de cara al cielo. Y hasta se atrevía a dar las causas y motivos del deceso: de un tiro en la cabeza por soplón, abierto en canal por la barriga en un ajuste de cuentas...

Hubo una gran conmoción. Los hombres salieron de sus casas, las calles se llenaron de voces. Algunos decían que era un agente de la policía que estaba tras los pasos de unos narcos. Otros, que era un narco que había llegado huyendo de la policía. Unos cuantos, que era un periodista venido de Lima para hacer un reportaje. Y alguien por ahí dijo que se trataba de un novelista, uno de esos zafados que andan vagando por el mundo en busca de historias, de esos que nunca faltan...

Nunca se supo la verdad. A la tarde siguiente, ya no salió de su cuarto a almorzar ni fue a ver el paso del río. Ya no pudo ver el próximo cadáver que trajeron las aguas, porque el cadáver de la tarde siguiente fue del hombre de cabellos lacios y negros, finos bigotes de mosca y chaleco marrón con botones dorados.